

escritos del siglo XIX, en particular los de Miguel Antonio Caro, son analizados por Alejandro Sánchez y Carlos Arturo López, respectivamente. Sánchez, siguiendo los postulados de Michel Foucault, explora los escritos a través de un “uso genealógico de la historia”, con el propósito de desentrañar las distintas ataduras que los discursos establecen entre relaciones de fuerza y relaciones de verdad. Para el autor, el interés no está en conocer “cuál es la verdad en la historia de Camilo Torres, sino cuál es la historia de esa verdad que se intenta construir en torno a él” (pág. 137). Por su parte, Carlos Arturo López cuestiona las ventajas y desventajas de seguir a Foucault en las investigaciones históricas sobre Colombia. López considera que abandonar estos conceptos operativos en el proceso de análisis puede aportar otras interpretaciones de la historia nacional, liberándola de modelos prefabricados venidos de Europa.



El aporte de Sandra Pedraza Gómez consiste en “una etnografía de las expresiones emocionales en torno a la vida urbana en Bogotá” (pág. 174), estudio desarrollado a partir del análisis de los ejemplares de la revista *Cromos* que circularon entre 1916 y 1987, publicaciones que encierran la apreciación sensorial sobre distintos aspectos de la ciudad que, como otras de Occidente, “ha recorrido la misma experiencia de modernidad” (pág. 200).

El establecimiento de la biología como saber hegemónico entre los siglos XVIII y XIX definió los criterios biológicos y científicos que cimienta-

ron el término “raza”. Para los naturalistas y filósofos del positivismo, la raza adquirió gran importancia, dando lugar al surgimiento de la eugenesia, movimiento que procura el perfeccionamiento de la especie humana, “el cuidado y la perpetuación en el tiempo y el espacio de la herencia biológica humana” (pág. 205).

Jorge Uribe Vergara analiza las repercusiones políticas y sociales generadas por la polémica de la raza en América Latina, centrandose su atención en las prácticas eugenésicas desarrolladas en Colombia y Argentina.

Para Santiago Castro-Gómez, en Colombia “la escenificación simbólica del capitalismo industrial precedió a la implementación estatal de la economía capitalista, que tuvo lugar apenas hacia finales de la década de los treinta” (pág. 224). Para sustentar su afirmación, analiza los festejos organizados por el gobierno de Rafael Reyes para conmemorar el primer Centenario de la Independencia, celebración que giró en torno a la Exposición Agrícola e Industrial, evento concebido con el propósito de crear una imagen de modernismo, realizando visualmente las potencialidades industriales del país.

María del Pilar Melgarejo explora las raíces del lenguaje político de la Regeneración, idea que se convirtió en propósito de gobierno a finales del siglo XIX en Colombia. El interés de la autora es indagar cómo se forjó “uno de los discursos totalizantes más poderosos en la historia del país” (pág. 279), y lo hace a través de un estudio de los escritos de Rafael Núñez producidos entre 1878 y 1888, documentos en los que el político cartagenero emplea el vocablo regeneración, en sus distintas acepciones, para justificar su proyecto de reforma política y social.

Por su parte, Óscar Saldarriaga Vélez busca “la génesis y estructura del ‘bachillerato y el sistema educativo moderno’ en Colombia” (pág. 312), mediante un análisis sobre los alcances de las reformas a la instrucción pública promovidas por el Estado a lo largo del siglo XIX. En su estudio podemos entrever que en las propuestas pedagógicas y en el or-

den de los estudios establecidos por los gobiernos de turno como parte de sus respectivos proyectos de gobierno, primaron las discrepancias de pensamiento entre liberales y conservadores en torno a la educación como mecanismo político de dominio y exclusión.

La lectura de la historia colombiana desde la óptica particular de los autores de *Genealogías de la colombianidad* permite entender que la unidad nacional es un concepto ambiguo y cambiante, determinado por las tensiones entre relaciones de poder y relaciones de resistencia, siempre presentes.

LETICIA RODRÍGUEZ
MENDOZA



Guerrera y amorosa

Los diarios perdidos de Manuela Sáenz y otros papeles

Carlos Álvarez Saá (recopilador)
Fundación para la Investigación
y la Cultura, Colección El pez
en la red, Bogotá, 2005, 182 págs.

El texto tiene como fuente el libro publicado en Quito, *Manuela, sus diarios y otros papeles* (1993), por Carlos Álvarez Saá, en cuyo poder están los diarios y cartas cruzadas de Manuela. La Editorial Diana en México edita en el mismo año 1993, con nuevas cartas y ensayos, *Patriota y amante de usted. Manuela Sáenz y el Libertador. Diarios inéditos*. Esta edición de la Fundación para la Investigación y la Cultura es bienvenida, por cuanto no se habían publicado los valiosos documentos en el territorio nacional. Sin embargo, es una edición empobrecida respecto a las dos anteriores mencionadas; de entrada, la carátula trae una reproducción desvaída de un retrato al óleo de Manuela, una imagen mejor del cual puede verse en la edición quiteña, y el texto está plagado de erratas, algunas notables. En la pág.

51, el recopilador nos cuenta cómo estos papeles “fueron ocultados por más de 130 años. ¿Con qué fin? Sin duda con la intención de que la historia (sic) ignore y no reconozca los altísimos méritos de la heroína”. En la página 70, en medio de una fiesta en honor a Bolívar, “se sirvió un espléndido ambigua (sic), que todos los presentes disfrutamos a plenitud”. Varias veces dice *Manuel* por *Manuela* (págs. 38, 86), y este lapsus pone de presente el carácter androcéntrico de la Fundación que edita el texto, si tenemos en cuenta las palabras finales (págs. 181-182), donde se alude a la importancia de estos documentos “que van a despertar ampolla en los historiadores de las clases dirigentes”, haciendo énfasis en el Bolívar *humano* que revelan estas cartas, y dejando en segundo plano a la autora de los *Diarios* y de la mayor parte de las cartas, quien es al mismo tiempo el objeto privilegiado del amor de Bolívar. El texto escribe continuamente *Si* cuando debe decir *Sí*, y abundan los errores tipográficos y ortográficos, errores que en este caso bien pueden ser de Manuela, cuya mala ortografía ella misma dice que debe echársela al diablo, pero que bien valía la pena corregir, tal como hicieron las otras dos ediciones mencionadas. Así en la página 154, Manuela escribe a Bolívar: “¿Qué (sic) es usted un caballero? (...) Usted tiene el poder, ¿por qué no emplea (sic) (...) Yo si (sic) pienso en usted”. En la pág. 94, dice “obligados por medio a las cortes marciales”, en lugar de “obligados por miedo a las cortes marciales”. En la pág. 40, “Manuela goza de la gloria y el poder, admirada y mimada por el pueblo. Las reuniones sociales mirada y mimada por el pueblo (sic)”.

El libro consta de una Presentación y una biografía de Manuela escritas por el mismo Álvarez Saá, de unos cuantos facsímiles de cartas manuscritas de Manuela, de Bolívar, de Sucre, y de páginas del diario, así como de la transcripción de los *Diarios* mismos, de Quito y de Paita; incluye también unas páginas bien interesantes del *Diario de Bucara-*

manga de Luis Perú de la Croix, donde Bolívar se refiere al incidente del *arete indiscreto*; además están las cartas cruzadas entre Bolívar y Manuela y otras pocas (de Santander, de Sucre y del general Antonio de la Guerra), más unas palabras finales del vocero de la Fundación editora del texto.



El recopilador, Álvarez Saá, nos cuenta las vicisitudes del *Diario* y del conjunto de cartas que lo acompañan. Manuela muere de difteria en noviembre de 1856 y las autoridades sanitarias del puerto peruano de Paita, donde ella vivió desterrada los últimos veinte años de su vida, ordenan quemar la choza con todos sus muebles y enseres. El baúl que contenía los documentos acá publicados y algunos objetos (una Virgen de Cuzco y otros iconos) fueron rescatados a última hora y salvados del fuego por el general Antonio de la Guerra y dos negros a su servicio. Al principio del texto (págs. 12-13) aparece un facsímil de la carta del 28 de diciembre de 1856 (transcrita al final del mismo, págs. 178-180) donde el general cuenta a su esposa los pormenores del caso. Estos papeles y demás objetos pasaron luego a manos del general Briceño y, en 1860, al Congreso Nacional de Colombia. Allí reposaron a la sombra durante ciento veinticinco años, “hasta que en 1985 empiezan a aparecer de manera misteriosa, tales documentos y tales enseres en Quito” (pág. 7). Desde entonces se hallan en poder de Álvarez Saá, quien emprende la tarea de descifrar y transcribir los manuscritos y luego

los deposita en un museo de arte e historia dedicado a la heroína en una casa restaurada del viejo Quito. Así, pues, de 1856 a 1985, es decir, durante 129 años, dichos manuscritos fueron guardados bajo censura. Y es más, Manuela había mostrado al edecán del Libertador Daniel F. O’Leary algunas de las cartas cruzadas con Bolívar y con su esposo el inglés James Thorne, entre otras. O’Leary copió algunas de estas cartas y las incluyó en el apéndice documental de sus *Memorias*. Estos documentos iban a ser revelados en Venezuela en 1883, pero una orden abrupta del dictador Antonio Guzmán Blanco lo impidió, con el argumento de que dichos documentos “arrojaban a los vientos de la publicidad intimidades amorosas del Libertador, que nada tenían que hacer con la vida de éste ni con la historia de Colombia; intimidades que deberían más bien sepultarse en el olvido por decoro nacional y por patriótica gratitud”. Vale observar que, entre estos documentos, está la *carta famosa* de 1825 de Manuela al doctor Thorne, la cual aparece en el libro de la Editorial Diana, *Patriota y amante de usted*, y también la trae la revista *El Malpensante*, “Vicisitudes de una carta famosa” (julio-agosto 1997), y no está incluida en el texto de Quito ni en este libro que reseño, quizá porque consideraron que no se refería directamente a Bolívar, aunque de hecho, si se lee bien, se refiere plenamente a él, como si fuera el positivo del negativo que es el inglés Thorne, con lo cual escatimaron al lector la muestra del fino humor de Manuela revelado en dicha carta, donde ella escribe: “Déjeme usted, mi querido inglés. Hagamos otra cosa: en el cielo nos volveremos a casar, pero en la tierra no. ¿Cree usted malo este convenio? (...) allá todo será a la inglesa, porque la vida monótona está reservada a su nación (en amores, digo, pues en lo demás, ¿quiénes más hábiles para el comercio y marina?). El amor les acomoda sin placeres; la conversación, sin gracia, y el caminado, despacio; el saludar, con reverencia; el levantarse y sentarse,

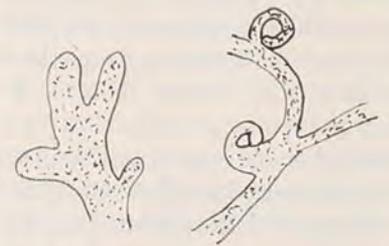
con cuidado; la chaza sin risa: éstas son formalidades divinas, pero yo miserable mortal que me río de mí misma, de usted y de estas seriedades inglesas, etc., ¡qué mal me iría en el cielo!, tan mal como si me fuera a vivir en Inglaterra o Constantinopla, pues los ingleses me deben el concepto de tiranos con las mujeres aunque no lo fuera usted conmigo, pero sí más celoso que un portugués". También está, entre los documentos censurados por Guzmán Blanco, y que no aparece tampoco en el libro que reseñamos, una carta de la Secretaría del Interior y Relaciones Exteriores de Colombia, y que vale la pena traer a cuento por la inquina que revela por parte de los agentes del Estado (de Venezuela, de Ecuador, de Colombia) hacia esta mujer que pone de presente la naturaleza propia del carácter femenino, duro y amoroso. La carta está firmada por Vicente Azuero, el 7 de enero de 1834, y en ella se ordena la salida de esta capital (Bogotá) de la señora Manuela Sáenz "en destierro perpetuo de todo el territorio del Estado (...) Se previene a las autoridades por donde pase para que la vigilen estrechamente dada su extrema peligrosidad y atrevimiento". Por su parte, el presidente de Ecuador Vicente Rocafuerte, escribe a Santander, el 10 de octubre de 1835, esta carta notable, también excluida del libro que reseñamos, y que confirma con creces la animadversión de los hombres de Estado, en particular de Santander, por Manuela y por Bolívar, como se revela además en sendas cartas entre estos dos generales que figuran en el texto. Escribe Rocafuerte: "Con muchísimo gusto he recibido la muy amistosa carta de usted, por lo que veo las órdenes que usted ha expedido para que los emigrados que han invadido el territorio de Ecuador, sean juzgados por las autoridades granadinas si regresan a Tumaco o a cualquier punto de la Nueva Granada (...) La Manuela Sáenz venía aquí con la intención de vengar la muerte de su hermano, y con ese pretexto hacerse declarar libertadora del Ecuador. Como es una verdadera

loca, la he hecho salir de nuestro territorio para no pasar por el dolor de hacerla fusilar".



El encuentro entre Bolívar y Manuela fue el 16 de junio de 1816 en Quito (*Diario de Quito*, págs. 63-70), y esa misma noche en la fiesta celebrada en honor a Bolívar se echaron los perros, azuzados por dos pares de ojos negros, sendos cabellos negros rizados y dos voluntades enérgicas, guerreras y amorosas. Es notable la cantidad de coincidencias entre estos personajes, guardando las diferencias, Manuela era blanca, pero hija natural, Bolívar mulato, pero hijo legítimo, ninguno de los dos era nativo de Colombia sino de sus países vecinos, Bolívar de Venezuela al oriente y Manuela de Ecuador al sur. Ambos de ojos negros y pelo ondulado, más rizado el de Bolívar, ambos en contraposición con los rígidos hombres de Estado, más radical Manuela, quien tiene reservas de entrada con Córdoba, con Páez y con Santander. Y sobre todo, ambos guerreros por la causa de la liberación, no por intereses personales sino por convicción profunda, como parte de su naturaleza. Manuela escribe en su *Diario de Quito*, relatando la entrada triunfal de Bolívar a Quito el mismo 16 de junio de 1822: "El corazón me palpitaba hasta el delirio, creo que esto de ser patriota me viene más por dentro de mí misma que por simpatía" (pág. 65). Ambos también viviendo su aventura al margen de las familias, huérfano y viudo Bolívar,

hija natural y separada de su esposo Manuela. Los dos cultos, él citaba a Virgilio en latín, ella a Tácito y Plutarco (pág. 72), crecidos en un ambiente opulento de mucha libertad y semisalvaje de grandes haciendas, cada uno de ellos tenía dos criadas negras que les fueron fieles siempre, esclavas heredadas de las familias, Hipólita y Matea acompañaban a Bolívar, mientras Jonatás y Nathán servían a Manuela. Igualmente eran ambos excelentes jinetes, y además idealistas y poetas románticos en el fondo del alma. La acumulación de convergencias llega hasta las firmas: nótese los grafismos correspondientes, cómo terminan ambos de firmar sus apellidos con amplias volutas. En fin, ambos viven la gracia y la desgracia del guerrero (véase al respecto el libro con este título de G. Dumezil), condensadas en la acumulación de proezas y la soledad postrera, radical e irremediable, desterrados ambos, Manuela de manera formal, Bolívar de manera implícita, *Vámonos que aquí no nos quieren...*



El texto trae el facsímil de la carta de Antonio José de Sucre a Bolívar del 10 de diciembre de 1824 (pág. 14), donde refiere la parte que cumplió Manuela en la batalla de Ayacucho y le pide que "le otorgue el grado de Coronel del Ejército Colombiano". A raíz de este nombramiento, el vicepresidente Santander escribe a Bolívar el 23 de enero de 1825: "S. E., que se precia de ser auspiciador del altísimo honor de pertenecer al Ejército Colombiano, permite tamaño desatino (...) ¿Ser Coronel del Ejército Colombiano merece sólo la consideración que V. E. le está dando? Solicito a V., con el respeto que le merezco, el que V.

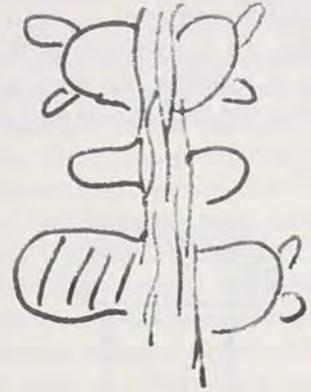
E. degrade a su amiga, pues que actos de ascensión como ese, sólo perjudican en política a V. E. y más grave aún, en lo castrense, en recibir un desfavor de este cuerpo, cuyos hombres ven con repudio tan fácil concesión de hace más de un mes” (pág. 127). A esta carta, Bolívar replica a Santander el 17 de febrero de 1825, transcrita con errata en el texto: “De donde quiera que usted haya sacado que mi influencia el es motivo (sic) de que Manuela sea ahora Coronel del Ejército Colombiano, no es más que una difamación vil y despreciable como ausente de toda realidad (...) Usted conoce, tan bien como yo, de su valor como de su arrojo ante el peligro. ¿Qué quiere usted que yo haga? Sucre me lo pide por oficio, el batallón de Húsares la proclama; la oficialidad se reunió para proponerla, y yo, empalagado por el triunfo y su audacia le doy el ascenso, sólo con el propósito de hacer justicia (...) Sepa usted que esta señora no se ha metido nunca en leyes ni en actos que ‘no sean su fervor por la completa Libertad de los pueblos de la opresión y la canalla’. ¿Qué la degrade? ¿Me cree usted tonto? Un ejército se hace con héroes (en este caso de heroínas) y éstos son el símbolo del ímpetu con que los guerreros arrasan a su paso en las contiendas, llevando el estandarte de su valor” (págs. 128-129).



Estos documentos revelan hechos incuestionables, como el carácter de acechadora por instinto de las mujeres metidas en amores y en política. Manuela olfateaba a distancia los atentados de que iba a ser objeto

Bolívar, y adivinaba el talante real de algunos de sus presuntos amigos, tal el caso de Córdoba y del mismo Santander, a quienes, aún al final, Bolívar absuelve de su participación en la aciaga noche septembrina de 1828. En la biografía de Manuela, Álvarez Saá nos cuenta la manera como se ingenió ella para sacar a Bolívar de la fiesta de disfraces del 1.º de agosto de 1828 en la que se planeaba asesinarlo. Manuela incluso le revela a Bolívar el 29 de julio el santo y seña de los confabulados. El hombre no le hace caso y acude a la fiesta. Manuela entonces se disfraza de dandi y aparece en la fiesta con gran ostentación junto a su esclava Jonatás disfrazada de mujerzuela, armando tamaño escándalo y haciendo comparecer a Bolívar quien, avergonzado y molesto, se retira de la fiesta salvando así su vida (pág. 43). Las cartas cruzadas y el *Diario de Bucaramanga* revelan también los problemas para conciliar el amor con el ser de fuga del guerrero. Dice Bolívar a Perú de la Croix: “Pero cuanto más trataba de dominarme, más era mi ansiedad por liberarme de ella. Fue y sigue siendo un amor de fugas (...) Nuestras almas siempre fueron indómitas como para permitirnos la tranquilidad de dos esposos” (págs. 105-106). En el *Diario* y en las cartas, Manuela y Bolívar dan muestras frecuentes de su espíritu poético (págs. 93, 111, 114, 151). Además, y esto es notable, Manuela comprende para qué sirve, entre otras cosas, escribir; así, al principio del *Diario de Paita*, el mismo día de la visita de José Garibaldi el 25 de julio de 1840, a quien ella y Jonatás no tienen reparo en desvestir y aplicarle ungüentos en la espalda para sacarle un dolor muy fuerte que lo aquejaba por el hombro, principian-do este *Diario*, decimos, Manuela escribe: “Venzo de ser vengativa en grado sumo ¿Cómo perdonar? Si Simón hubiera escuchado a esta su amiga, que sí lo fue. ¡Ah! Otra cosa habría sido (no habría quedado mico con cola). Creo en esa obligación de dar su merecido a quienes faltaron a la lealtad del Libertador y a la República, y a algunos que burlaron la

gratitud para con él. El escribir estas cosas me ayuda a soltar mi mala sangre” (págs. 77-78).



Insisto en que el valor de estos documentos hacían obligante el esmero de una edición digna de ellos, cosa que descuidó la Fundación para la Investigación y la Cultura (Fica), a la cual, no obstante, se le acredita la iniciativa de haber publicado los papeles en Colombia.

RODRIGO PÉREZ GIL



Y le pusieron charreteras a Jesús...

Guerra y religión en Colombia

Carlos Arboleda Mora

Editorial Universidad Pontificia

Bolivariana, Medellín, 2005, 267 págs.

La Universidad Pontificia Bolivariana en Medellín, de la cual es profesor Carlos Arboleda Mora (magister en Sociología de la Universidad Gregoriana de Roma), tiene tradición de estudios en Teología y Humanidades. El presente libro es fruto del trabajo de grupo, entre profesores de la Universidad Pontificia Bolivariana y profesores de la carrera de Historia de la Universidad Nacional en Medellín, explorando el tema religión, cultura y sociedad; en particular, Luis Javier Ortiz, *Guerras civiles, religiones y religiosidades en Colom-*